

DOMINGO VIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico, 27, 4-7): *Cuando la persona habla, descubre sus defectos.*

Salmo (91, 2-3.13-16): *«Es bueno darte gracias, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios, 15, 54-58): *¿Dónde está, muerte, tu victoria?*

Evangelio (Lucas 6, 39-45): *No hay árbol bueno que dé fruto malo.*

La vida te va enseñando que ser “*inteligente*” no es lo mismo que ser “*listo*”; hoy en día se distinguen las inteligencias múltiples. Nuestros mayores lo decían de otra forma: “*se le dan muy bien los estudios, pero no se sabe mover en la vida*”; o también “*es un ratón de biblioteca, pero le engañan hasta los más críos*”. Existe una “*sabiduría popular*” que no nace de la memorización de logros ajenos, sino del saber estar, del saber vivir, del saber mirar la vida con ojos avezados.

El libro del Eclesiástico habla sobre la prudencia en el hablar: «*no elogies a nadie antes de escucharlo, porque ahí es donde se conoce a la persona*». Jesús sentencia: «*de la abundancia del corazón, habla la boca*». La prudencia es un don que se extiende a nuestros comportamientos sociales. Palabra y gesto van unidos; el hablador que no puede confirmar con sus gestos sus palabras es un charlatán; el que habla sin medida, corre el riesgo real de caer en contradicciones, de pronunciar medias verdades, o de tener que desmentirse a sí mismo.

Quizá la finura sapiencial del mensaje de Jesús esté menos presente en nuestra exposición del evangelio que otros. Insistimos más en el Jesús que denuncia de forma profética a los que se aprovechan de los pobres o en el Jesús que lleva adelante su condición de Mesías que entrega su vida por amor. Pero no hacemos ninguna injusticia a la Palabra de Dios si presentamos también a Jesús como aquel que nos enseña a ser prudentes a la vez que agudos; valientes a la vez que claros; humildes a la vez que avezados.

- El discípulo de Jesús, en medio del mundo, escucha y aprende de los demás, sin ponerse como modelo de referencia; la necedad te lleva a despreciar los consejos ajenos.
- El discípulo de Jesús no puede caer en la soberbia de creerse superior a los demás (¡atención a la soberbia intelectual!) que corrige con altivez a quienes considera necios.
- El discípulo de Jesús no se conoce por lo bien que habla, o la buena imagen que transmite, sino por sus frutos. Puede ser que no sean vistosos, pero son “*buenos*” en el sentido más extenso de esta palabra.
- El discípulo de Jesús no engaña, porque no es mentiroso y porque no sabe engañar. Esta “*transparencia evangélica*” hace de él que en sus palabras y en sus obras refleje el sentido último de lo que cree, en quien espera, y el motor de su vida.

No es difícil reconocer que de la misma manera que estamos orgullosos de algunas cosas que hemos dicho, también son muchas las palabras que han salido de nuestra boca y que quisiéramos no haberlas pronunciado nunca: burlas, insultos, mentiras, chismes, calumnias, regaños, vulgaridades, palabras ociosas u ofensivas, críticas, falsos elogios y tantas cosas más...

La mente y el corazón de donde brotaron pueden sentir arrepentimiento, pero, una vez proferida la palabra, no hay modo de retirarla. Tal vez reconocemos que hemos dicho algo que no sentíamos de verdad, que no pensábamos con claridad; sabemos que deberíamos haber ido con calma, haber seguido el consejo de “*contar hasta diez*”, antes de hablar, pero no lo hicimos.

Lo que comenzó por una queja, se convirtió en grito; el volumen de la voz creció a medida que los argumentos se debilitaron y se convirtió casi en “*batalla campal*”. Y después, cuando la mente se aclara y el corazón comienza a sangrar, qué difícil resulta pedir perdón y qué difícil resulta otorgarlo. No cabe duda: “*en la discusión aparecen los defectos del hombre*”. Jesús nos enseña que el hombre que dice cosas buenas es porque está bien en su corazón, mientras que quien dice cosas malas está mal en su corazón. Pensemos no en lo que dijimos o en aquel a quien se lo dijimos, sino pensemos en nosotros mismos.

Nuestra humanidad es estridente, es capaz de lo mejor y de lo peor. Basta ver el inmenso depósito de palabras que es internet. Ahí podemos encontrar ciencia y sabiduría, información y técnica, pero también podemos hallar mentira y dolo, desinformación y mentira: “*Lo mejor y lo peor*”.

Y lo mismo vale para todo ese mundo que solemos llamar de las redes sociales. Inventos maravillosos de la ciencia humana, espacios de aprendizaje y entrenamiento, de comunicación y diversión, pero, al mismo tiempo, vehículos de la más abyecta propaganda, de amenazas y calumnias, de ideas deshumanizadoras y de degradante pornografía.

No podemos decidir qué es lo que viaja por nuestras redes, pero sí podemos seleccionar aquello con lo que nuestra mente y nuestro corazón se alimentan, también podemos decidir qué uso le damos y con qué ideas lo hacemos crecer. No solo hay que educar para el uso de la palabra o para el uso de la tecnología. Es preciso educar el corazón.